

E. MIRET MAGDA LENA

Quando leía las declaraciones del filósofo marxista disidente del partido, hechas al periódico «Le Monde», me venían a la memoria muchas cosas.

Unas, las que mis lectores me han confesado en mi ya larga y azarosa carrera con la pluma; otras, las que he visto palpablemente realizadas en mi experiencia cotidiana con hombres y mujeres muy diversos que se creían no-creyentes, y quizá lo fueron a su modo en la superficie, pero no realmente en el fondo.

Como también recordaba la ignorancia de muchos católicos —católicos prominentes, incluso— acerca del ateísmo y de la esencia del cristianismo.

Los primeros cristianos —los de los tres primeros siglos—, que no estaban todavía inficionados por los costumbres religiosas del paganismo, tenían una actitud religiosa que se parece muy poco a este catolicismo popular y de folklore que se ha ido gestando durante diecisiete siglos en el mundo europeo. Era un cristianismo profundo, sobrio y comprometido con las cosas de este mundo, que nunca se le ocurría caer en religiosidades de conveniencia social —porque era un inconveniente ser cristiano entonces— ni en pietismos supersticiosos o semisupersticiosos, como tuvo que condenar, hace cuatro siglos, el Concilio de Trento, y la Santa Sede en este siglo lo hizo repetidas veces, sin que le hicieran caso. O como —más que ninguno— condenó nuestro desconocido San Juan de la Cruz, quien sólo es traído y llevado en los labios, o en las imágenes de patotilla, o en estudios sin profundidad de su psicología mística, olvidando su valiente pensamiento religioso, tan radical y tan drástico.

Por eso, a estos cristianos, los hombres religiosos de la época, los tan religiosos romanos, les consideraban «ateos», según confiesa el filósofo mártir San Justino y el escritor, también mártir, San Policarpo.

¿Cuándo podríamos aspirar los católicos de nuestro tiempo —tan llenos de superfluidades religiosas— a ser inculcados de ateos por nuestra sobriedad religiosa, si todavía seguimos invadidos —aunque cada vez menos— de exteriorismos conservadores o progresistas?

Todavía está latente en muchas mentes católicas el juicio despectivo hacia la moral del ateo. Recientemente, a un opositor a cátedra se le preguntó si creía que la moral de un ateo podía ser como la de un creyente; y se pudo bambolear su oposición al contestar inocente y convencidamente que sí, porque escandalizó a algún miembro del Tribunal.

Sin embargo, todo esto proviene de la ignorancia de los católicos. No saben ni lo que su Iglesia enseña oficialmente: se atienen a ideas, afirmaciones y costumbres de poco fundamento. Para ellos eso es su religión, y a eso le llaman equivocadamente catolicismo tradicional.

El Papa Alejandro VIII condenó con toda su autoridad, en el año 1690, una proposición que nadie había analizado hasta que vino el Concilio último. Y en ella reprobaba el llamado «pecado filosófico», que era una afirmación de irresponsabilidad moral para los que no eran creyentes. Analizándolo, el teólogo P. Broglie ha dicho: «Por muy importante que sea el apoyo que la creencia en Dios pueda dar al sentido moral, nuestro sentido moral no depende esencialmente de esta creencia...; no hace falta haber reconocido la existencia de Dios para tener con-

EL ATEISMO DE GARAUDY

ciencia de los deberes humanos fundamentales y de sentirse responsable de ellos». (G. de Broglie, S. J., «El Derecho Natural a la Libertad Religiosa», Ed. Aldecoa, Burgos). Eso es lo que enseña el catolicismo oficial; y los que se apartan de esta enseñanza dudando de la moralidad, o asegurando la inferioridad moral del ateo, no saben de qué hablan. Y esto lo vemos realizado prácticamente en Garaudy y en tantos pensadores u hombres sencillos (que yo he conocido en nuestro país), que dan ejemplo de responsabilidad moral sin ser católicos.

Otro punto que me recuerdan estas declaraciones es el de Dios. ¿Qué idea o imagen nos hacemos de él muchos creyentes? Sin duda tenemos una concepción de barro, absolutamente deleznable y muy poco en consonancia con el elevado ideal que tenían los primeros cristianos, o mantenían algunos que hoy se consideran ateos de la creencia en Dios, de la que tienen la mayoría de los cristianos. Garaudy yo creo que es uno de estos últimos cuando dice estas dos cosas que debemos pensar los creyentes explícitos, los católicos de nuestro país: «Todo lo que digo de Dios, de la Naturaleza o de la Historia es un hombre quien lo dice; y nadie puede tener ya la pretensión de entrar en relación directa con lo absoluto, porque esta pretensión es la que ha engendrado las inquisiciones y los stalinismos». Todos los integrismos religiosos, que se han hundido estrepitosamente en nuestro tiempo, han pretendido orgullosamente esto.

Me agrada también profundamente leer estas otras palabras, con las que me siento unido, a través de las razones que yo he tenido para ser católico: creer en algo dinámico y superador de las pequeñeces que vemos y que se encuentra en el trasfondo de todo, favoreciendo y posibilitando la creación de un mundo más justo por el hombre y para el hombre; pero nunca un «deus ex machi-

na» que pretende arreglarlo todo infantilmente.

Dice Garaudy: «La palabra de Dios es respetable, porque después de milenios los hombres han dado este nombre a la presencia en el mundo de lo que lo sobrepasa y supera y a aquello que lo impulsa hacia delante». Los griegos y su filosofía influyeron en una tradición cristiana que se desvió —como dice Garaudy— y que hizo de Dios una entidad rígida, estática y sin dinamismo. Dios —como dice muy bien el filósofo católico Dewart— es la realidad última; no una «esencia» a modo de sátrapa oriental a quien se le contempla en su grandiosidad imponente y distante; ni siquiera una «existencia» que le diera un aspecto antropomórfico, empujándolo por atribuirle nuestra limitada visión de hombres, tan estrecha y corta. Por eso, el filósofo franciscano, el beato Duns Escoto, le llamó en el Medievo «el infinito», algo que está en lo más profundo y en lo más alto de todo, superándolo con su dinamismo real, no desde fuera, sino desde dentro.

Pero todo eso no se encuentra en los libros de los elucubradores, sino en el corazón de los que quisieron transformar el mundo o la Iglesia de su tiempo, como fueron el maestro Eckart en Alemania, hace seis siglos, o Santa Teresa en el siglo XVI, o los profetas de todos los tiempos que —desde esta visión dinámica y experimental de lo que hemos llamado Dios— pretenden hacer algo nuevo y mejor para los hombres.

Pretenden, como dice también el «cristiano» Garaudy —más cercano a Cristo que muchos cristianos de nombre—, la Resurrección del hombre, como ocurrió la Resurrección de Cristo. El sentido último del cristianismo fue en los primeros siglos de la Iglesia (y tiene que volver a serlo ahora) no una desencarnada y evasivista inmortalidad del alma (eso lo pensaron Sócrates y Platón), sino una resurrección de los cuerpos, una resurrección que comience aquí en el tiempo, y que continuará más allá del tiempo en la plenitud que hayamos construido cada hombre con nuestro aporte. Quizá Garaudy, con sutil palabra, se acerca a ello; pero no sabemos si se decide plenamente cuando dice algo muy importante, pero que queda un poco difuso: lo histórico y lo biológico no definen la Resurrección de Jesús —de acuerdo con muchos teólogos católicos—, eso sería hacer una historia o una ciencia positivistas, siendo, sin embargo, un hecho que rompe tan estrechos límites. Hacer lo contrario será ofrecernos «un Cristo mágico», hablar «un ateo supersticioso», «en vez de transformar nuestra vida ayudándonos a descubrir en el acto inagotable de la Resurrección el modelo de una emergencia de la realidad creadora, poética, del hombre apartándose más allá de las palabras... una dimensión nueva de la vida».

¿Es esto ser ateo? Quizá lo sea; pero de un dios falso en el que yo tampoco creo, porque pretendo ser cristiano.